

DOMINGO DE PASCUA
VIGILIA PASCUAL
Homilía del P. Abad Josep M. Soler
12 de abril de 2009
Rm 6, 3-11

Ha resucitado. Este anuncio del alba de Pascua resuena año tras año en todos los confines de la tierra; y es portador de alegría y de esperanza. Lo es, amados hermanos y hermanas, también para nosotros que en esta noche santa nos hemos reunido en la Casa de la Madre de Dios. *Jesucristo, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más; la muerte ya no tiene dominio sobre Él.* Éste es el anuncio que hacía san Pablo a los cristianos de Roma y que nos ha repetido la liturgia de esta Vigilia. De esta realidad pascual brota la alegría de esta noche que se extiende a cada día del año. Pero este anuncio sobre Jesús va inseparablemente acompañado de otro, también jubiloso, en lo referente a nosotros: *así como Cristo fue desesperado de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en una vida nueva. Porque, si nuestra existencia está unida a Él en una muerte como la suya, lo estará también en una resurrección como la suya.* ¿Y, cuándo hemos sido plantados cerca de Cristo? San Pablo hace referencia a nuestro bautismo.

La gloria del Padre que resucitó a Jesucristo *de entre los muertos*, actúa también en el bautismo para incorporarnos al Señor muerto y resucitado. Por eso la liturgia de la Vigilia pascual, muy centrada en la resurrección del Señor, está llena de fuertes connotaciones bautismales. A los que ya estamos bautizados, este fragmento de la carta a los romanos nos habla de nuestra dignidad de hijos de Dios, amados y salvados por él en el bautismo; y nos lleva a renovar, tal como haremos dentro de poco, nuestra adhesión a Cristo y nuestra voluntad de ser fieles a las promesas bautismales. Pero, al mismo tiempo, este fragmento de la carta a los romanos nos lleva a pensar en los catecúmenos, mayores y pequeños, que serán bautizados por todo el mundo en esta Pascua. Algunos en nuestra celebración. Por eso acogemos con alegría a Mariona, tan pequeña como es y el amor de Dios ya la incorporará a la vida de Jesucristo. Y acogemos, también, a Pau, a Jordà y a Roque, de nuestra Escolanía, que después de un proceso de crecimiento en la fe vivido junto con sus padres, piden el bautismo. Todos ellos, por el bautismo serán plantados cerca de Jesús, el Cristo.

Y en este contexto bautismal, toma todo su sentido la invitación del profeta Isaías que escuchábamos: *Oíd, sedientos todos, acudid por agua* (Is 55, 1; quinta lectura). Y, también, aquellas palabras del libro del mismo profeta: *Sacareis aguas con gozo de las fuentes de la salvación* (Is 12, 3). ¿De qué agua habla el profeta? ¿Sabríais responder, los escolanes? Estoy seguro que, después de pensar un poco, sí. Mirad; así como todo tipo de agua potable puede saciar la sed de nuestro cuerpo, no es cualquier tipo de *agua* el que puede saciar la sed del corazón. Sólo lo hace, tal como dice el profeta, el *agua* que brota *de las fuentes de la salvación*. Y, ¿dónde están estas fuentes para que podamos ir un día y otro a satisfacer nuestro deseo más íntimo de bienestar y de superación de la muerte? ¿Dónde están? Todas brotan de una sola: el *costado* traspasado de Jesús elevado en la cruz, de donde salió *sangre y agua* (cf. Jn 19, 34). Encontraremos el *agua*, pues, en la fuente del Salvador. Y, ¿cómo nos podemos acercar a esta fuente si desde la lanzada han pasado tantos años? Cristo resucitado hace que haya una continuidad sacramental entre el *agua* que brotó de su *costado* y el *agua* del bautismo.

Efectivamente, sobre el *agua* que será traída dentro de poco (un agua natural como

tantas), invocaremos el Espíritu Santo para que le dé la fuerza de lavar el pecado, y de hacer renacer a la vida nueva que viene de la Pascua de Jesucristo, la fuerza de otorgar la filiación divina. Dejará de ser, pues, un agua como cualquier otra; y para significar de una manera visible la realidad invisible de la gracia de Jesucristo, introduciremos en el *agua* el cirio pascual --que con su luz es imagen del Cristo resucitado, *luz del mundo* (Jn 8, 12)-- para que conceda a los que serán bautizados ser parecidos a él viviendo siempre cerca de él hasta que les sea dado resucitar con él (cf. plegaria de bendición del agua). Mariona, Pau, Jordà y Roque serán incorporados a Jesús y en él hechos hijos de Dios.

La fuerza victoriosa del Resucitado se hará, pues, presente en nuestra asamblea e incorporará a su vida nueva a estos cuatro hermanos nuestros en la fe, que habrán nacido de nuevo por el agua y por el Espíritu Santo y que desde ahora serán miembros del Pueblo de Dios, de la Iglesia. Después, salvo Mariona que lo hará cuando sea mayor, participarán de otro sacramento pascual, que también brota de la fuente del Salvador; recibirán por primera vez la eucaristía. Dos chicos más se les juntarán en esta primera participación de la mesa eucarística: Robert y Arnau.

Como veis, hermanos y hermanas, nuestra celebración es densa de realidades espirituales. Nuestra asamblea se convierte esta noche en seno maternal de la Iglesia para hacer nacer nuevos miembros a la vida de Cristo y alimentarlos espiritualmente. También los que ya estamos bautizados renovaremos nuestros compromisos bautismales después de que en la cuaresma hayamos procurado mejorar nuestra coherencia cristiana y hayamos visto cómo el Padre, en su ternura, nos acogía una vez más como lo hizo con el hijo pródigo. Renovaremos los compromisos bautismales y seremos alimentados con el alimento de inmortalidad que es la eucaristía. Bautizados y partícipes de la mesa del Señor como somos, no podemos olvidar a los otros que por todo el mundo comparten la misma fe y han sido incorporado como nosotros a la resurrección de Jesucristo. Esta noche, pensemos en los cristianos que viven en Tierra Santa, en el sitio donde tuvieron lugar los hechos que conmemoramos estos días, en unas condiciones sociales y económicas llenas de dificultades. Tanto, que se les hace muy difícil continuar viviendo allí y está en peligro la continuidad de unas Iglesias que provienen de los inicios del cristianismo. Conviene ayudarlos económicamente y mostrarles nuestra solidaridad fraterna por respeto a su dignidad de personas y a su condición de hermanos en la fe, pero también para evitar que los lugares santos de la vida, pasión, muerte y resurrección del Señor sean meramente lugares arqueológicos y turísticos sin comunidades cristianas vivas que acojan a los peregrinos y testimonien el Evangelio. Al final de nuestra celebración, haremos una colecta en favor de estos hermanos de Tierra Santa.

Desde el bautismo ya tenemos la vida nueva de la Pascua, pero no llegará a su plenitud hasta que después de la muerte resucitemos para compartir el triunfo de Jesucristo. Mientras llega el día, intensifiquemos la vida de fe con el fin de vivir para Dios, sin ceder al pecado, tal como corresponde a la vida nueva recibida en el bautismo.

Cantando gozosos salimos, pues, con Mariona, Pau, Jordà y Roque, *a buscar el agua de las fuentes* del Salvador.